novaetvetera
POLÍTICAS PÚBLICAS Y DERECHOS HUMANOS

La paz como construcción ético-política de base

Rodrigo Jesús Ocampo Giraldo*

* Licenciado y Magíster en Filosofía de la Universidad del Valle. Especialista en Cultura de Paz y Derecho Internacional Humanitario de la Pontificia Universidad Javeriana - Cali. Miembro del grupo de investigación Entornos e Identidades. Profesor de Ética y Política del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma de Occidente - Cali.

Correo electrónico: rocampo@uao.edu.co

Correo impreso: Universidad Autónoma de Occidente, Calle 25 No. 115-85, km 2 Vía Cali-Jamundí, Facultad de Humanidades, Ala Sur, Tercer Piso, Cubículo 31.

Recibido: junio 2010
Aprobado: noviembre 2010

INTRODUCCIÓN

Cuando se aborda la paz desde una perspectiva ética, se suele entender esta como tranquilidad interna del ánimo y también como un deber de construir la esfera pública y privada, desde una filosofía comprometida con valores democráticos y con la responsabilidad ciudadana. En el sentido ético-político, además, se acoge la cuestión de la paz como un tópico relevante de reflexión, en tanto que esta tiende a asumirse como contraposición a la guerra. Kant, por ejemplo, consideró que la paz es deseable y necesaria como condición de posibilidad del desarrollo moral humano, y esto implicaba básicamente, resolver la cuestión de los conflictos armados internacionales por medio de la consecución de un orden mundial que presione hacia el cese de hostilidades entre Estados. Estos enfoques, a la hora de abordar la cuestión de la paz desde la ética y la política, se tornan más complejos cuando el horizonte reflexivo se desplaza hacia conflictos

RESUMEN

Al ciudadano, además de urgirle exigir un derecho primordial como lo es la paz, le corresponde buscar también, mecanismos para fomentarla a partir de un trabajo desde la base social, en tanto que el aparato jurídico-estatal no siempre está en condiciones de garantizarla. La paz se constituye en una condición de posibilidad del despliegue del potencial humano, a la par que deviene en un factor primordial de bienestar. A ella se le contraponen escenarios de violencia que resultan ser una enfermedad para el cuerpo social, puesto que minan el desarrollo sociocultural y económico de las comunidades. Así, el empoderamiento ciudadano y las vías de la no-violencia son mecanismos que lejos de ser irreales, pueden ser eficaces para confrontar la violencia generada por el conflicto armado interno que vive Colombia.

Palabras clave: cultura de paz, conflicto armado, empoderamiento ciudadano, no-violencia.

ABSTRACT

Building peace as basic ethical-political construction

As well as demanding a fundamental right to peace, citizens also have to seek appropriate mechanisms for promoting it through societal-based work as the state's legal apparatus cannot always guarantee this. Peace consists of a condition where human potential can both be deployed and can as they become a disease for the social body as they undermine communities' socio-cultural and economic development. Citizen empowerment and non-violent approaches thus represent mechanisms which, far from being unrealistic, can be effective in confronting the violence generated by the internal armed conflict in Colombia.

Key words: a culture of peace, armed conflict, citizen empowerment, non-violence.

RESUMO

A paz como construção ético-política de base

Ao cidadão, além de lhe caber exigir urgentemente um direito primordial como o é a paz, corresponde-lhe igualmente procurar mecanis-mos para fomentá-la a partir de um trabalho de base social, ainda que o apa-relho juridico-estatal nem sempre esteja em condições de lhe dar essa garan-tia. A paz constitui-se numa condição de possibilidade de aproveitamento do potencial humano, ao mesmo tempo que se torna num factor primordial de bem-estar. Contrapõem-se a ela cenários de violência que resultam ser uma doença para o corpo social, dado que minam o desenvolvimento sócio-cultural e económico das comunidades. Desta maneira, o enriquecimento do cidadão e as vias da não violência são mecanismos que, longe de ser irreais, podem ser eficazes para confrontar a violência gerada pelo conflito armado interno vivido em Colômbia.

Palavras-chave: Cultura de paz, conflito armado, enriquecimento do cidadão, não violência.

internos en donde el fenómeno de la violencia ocupa un lugar central. Cabe señalar que si bien en la reflexión ético-política contemporánea, la cuestión de la paz ha quedado en cierta forma relegada por temas como la justicia, la libertad, las virtudes ciudadanas, el pluralismo cultural, entre otros, se sigue asumiendo esta de manera indirecta, es decir, como el resultado de subsanar conflictos de orden sociopolítico, económico o cultural. Así, se pueden apreciar estudios que desde campos como la sociología, la ciencia política o la antropología, dan cuenta del problema de la violencia, no solo entendida como violencia física, sino como violencia indirecta, que implica tanto violencias de tipo estructural –enraizadas en el mismo aparato político-institucional–, como violencias de carácter simbólico –ancladas a prejuicios o prácticas sociales de discriminación o exclusión. Así, la paz sería el resultado de procurar condiciones de justicia, desarrollo y bienestar, como mecanismo para mitigar formas de violencia muy arraigadas en el cuerpo social.

Ante este panorama, cabe rescatar el papel de la reflexión filosófica para pensar la paz como núcleo temático central que se contrapone a violencias directas e indirectas, y para proponer categorías de análisis que contribuyan a comprender las dinámicas que convergen en la construcción de paz en medio de diversas formas de violencia. Así, para indagar sobre algunos elementos conceptuales que pueden ampliar el significado de la paz y su dinamización desde contextos específicos, podemos plantear inicialmente la cuestión sobre ¿qué herramientas conceptuales y teóricas brinda la reflexión ético-política para aportar nuevos significados, posibilidades y sentidos a las investigaciones sobre la paz y para la paz.

Con precisión, en el presente artículo se realiza una aproximación a los retos y posibilidades de promover una cultura de paz desde el tejido sociopolítico y cultural construido por los ciudadanos, específicamente, desde el compromiso de comunidades cuyos miembros se han visto afectados por el conflicto armado colombiano. Para lograr esto, parto de algunas bases conceptuales y teóricas brindadas por autores comprometidos con los denominados estudios para la paz. Posteriormente, evalúo la forma como desde este marco conceptual es posible analizar la iniciativa de paz adelantada por algunas comunidades del Bajo Atrato colombiano, todo lo cual nos da un referente inicial sobre los retos y esperanzas que se pueden asumir a la hora de apostar por una base sociopolítica comunitaria, organizada bajo el propósito de construir paz.

1. LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA DE PAZ COMO EJERCICIO CIUDADANO

La paz puede ser entendida en sentido amplio, es decir, como una fuerza ético-política dinámica, transformadora y constructiva que requiere atención constante y que es necesaria para brindar condiciones propicias al desenvolvimiento del potencial creativo humano y de la cultura. La paz puede construirse de manera individual y colectiva desde lo cotidiano y como aprendizaje histórico-cultural, en medio de condiciones que le pueden ser adversas. Esto lo evidencia la variedad de trabajos que al abordar desde diversos enfoques la cuestión de los conflictos, las violencias y la gestión de paz dejan entrever presupuestos, propuestas y nociones ético-políticas, que pueden articularse de cara a comprender qué es una cultura de paz, cómo se puede construir y cuáles son los obstáculos que impiden su consecución.

Para aproximarnos a la noción de cultura de paz, un autor a destacar es Vincenc Fisas. Fisas (1998) reconoce que frente a una *cultura de violencia* es necesario buscar construir una *cultura para la paz*, en ambas es necesario comprender los elementos que las configuran, para así apuntar hacia una educación propicia a cambiar el rumbo de una historia caracterizada por las guerras, así como por las angustias y el dolor que produce cualquier forma de violencia. De manera específica, este autor considera que el protagonismo que ha tenido el patriarcado y el prototipo de la masculinidad, arraigado en la mayoría de las culturas, ha sido uno de los principales factores que explica una cultura de violencia. Siendo el ideal de la masculinidad el prevaleciente, se ha escogido en la mayoría de los casos, la lucha y la competencia a la cooperación.

En este sentido, es muy diciente su posición en el entendido que la paz o la guerra no dependen de condicionamientos biológicos ya que son principalmente fenómenos culturales, y por lo tanto, pueden ser, respectivamente, aprendida o desaprendida. Así, desde una psicología de la violencia, es interesante su interpretación según la cual "mucha de la violen-

cia ejercida contra las mujeres tiene su explicación en el miedo o terror que sienten algunos hombres a perder su identidad y posición de dominio en el sistema patriarcal, y al miedo que puedan sentir ante el poder de la mujer de dar la vida" (1998, 355). De aquí que uno de los primeros pasos a dar para desarticular una cultura de violencia muy arraigada, sea empezar a nombrar el mundo en femenino, armonizando, por ejemplo, la afectividad con la razón, y reemplazando la tiranía del poder con la sabiduría de la autoridad que implicará siempre respeto y amor.

Esto lleva a Fisas a considerar que la base de la práctica de la paz se debe esperar en la vida cotidiana y desde nuestro entorno inmediato, no dejándola solamente en lo que puedan hacer los Estados u organizaciones, con lo que se coloca la vida en el centro de la cultura, y a las disposiciones a nutrir con el cuidado y a procurar superar antagonismos con la negociación, en ejes centrales para construir cultura de paz. Será entonces un cambio de mentalidades y actitudes, basado en la expresión de la ternura, el perdón y el amor, entre otros, el elemento básico para superar el vínculo entre masculinidad y violencia, con todo lo que ello implica para la cultura.

La influencia de los medios de comunicación juega aquí un papel protagónico. Ante la generación de violencia a la que se exponen nuestros niños y adolescentes desde la televisión, por ejemplo, Fisas considera la necesidad de revertir este poder de influencia para usarlo a favor de una cultura de paz, educando para el diálogo, el respeto por las diferencias, la igualdad entre los sexos, entre otros, con lo que estos medios se convertirían, además de intérpretes, en actores para afianzar un tejido moral global basado en el aprender a convivir. Le corresponde aquí a la educación formar al ciudadano para interpretar críticamente a la realidad y asumir con responsabilidad los cambios estructurales de las sociedades actuales, sobre todo en momentos que los conflictos internos, crisis económicas, políticas y de gobernabilidad, están a la orden del día.

Educar para comprender y asumir los conflictos, complementa así, la perspectiva de trabajar en la construcción de un tejido de paz. Para lograr esto último se requiere formar para el ejercicio de la autonomía y la responsabilidad individual, de tal manera que se logre movilizar efectivamente a las personas hacia la conquista de la democracia y la civilidad, a la par que desarrollan nuevas sensibilidades frente a las necesidades de los otros y frente a los peligros que presentan diversas formas de manipulación y dominación. En últimas, promover aprendizajes para curar los temores, los sentimientos de frustración y miedo, así como los rencores por el maltrato o el desamparo, es uno de los retos a asumir en el proceso educativo, ya que ellos son en gran medida, causas de violencia.

El enfoque adoptado por Fisas, para pensar una cultura de paz, brinda herramientas conceptuales para hacer una profunda crítica a los modelos patriarcales de desarrollo, a la par que se brinda luces sobre el camino a seguir a la hora de reorientar esfuerzos individuales y colectivos a favor de lograr adecuadas formas de convivencia. Así, para pensar la paz como una construcción sociopolítica de base, es clara la tarea de promover una conciencia local y global centrada en el equilibrio de *fuerzas femeninas-masculinas* y la adopción de compromisos morales a favor de la paz. Además, el autor presenta diversas claves que orientan el trabajo para construir una cultura de paz dándole especial importancia a una educación para la paz entendida en sentido amplio, es decir, donde factores familiares, sociales, políticos, institucionales, culturales, entre otros, influyen positiva o negativamente en el desarrollo de personas con criterio y autonomía moral.

Ahora bien, la educación para la paz como elaboración colectiva que se arraiga en la labor de las comunidades y las sociedades es, en últimas, una labor histórico-cultural de apuesta por la no-violencia en respuesta a diversas formas de agresión y de violencia[1]. López Martínez (2004), por ejemplo, aborda la tarea de aclarar el concepto de no-violencia desde las perspectivas del poder y el pacifismo, con lo que sale a relucir incertidumbres sobre la eficacia de los métodos y principios de la no-violencia, a la hora de hacerle frente a la guerra y los conflictos, en los que están de por medio diversos intereses en jue-

[1] Galtung (2003, 20) distingue entre violencia directa: se da cuando hay un actor intencionado en infligir daño físico, mental o emocional. Violencia estructural: es una violencia indirecta, no intencionada, que puede ser interna o externa, ya sea que provenga de la estructura social o de la estructura de la personalidad de cada ser humano. La violencia estructural externa se manifiesta como represión y explotación. Y violencia cultural: es la violencia simbólica en la religión, las ideologías, el lenguaje, el arte, la ciencia, el derecho, los medios de comunicación y la educación.

go. Las argumentaciones y reflexiones giran entonces en torno a que una filosofía de la no-violencia puede concretarse como una política y moral ciudadana gestora de transformaciones sociales por vías pacíficas.

En efecto, este autor aclara que la no-violencia implica el despliegue de métodos de lucha político-social no armados, lo cual es una posición pacifista frente a la violencia, pero además, una cosmovisión y una forma de ser en el mundo. Se señala así, que a cada forma de violencia corresponde una dimensión teórico-práctica de la no-violencia. Esto a su vez, requerirá asumir una serie de valores que apuestan por el respeto a la vida, la búsqueda de la verdad, el poder del diálogo y la escucha, así como ampliar nuestros esquemas mentales. Con relación a los argumentos de la no-violencia, se considera que es indispensable comprender que no todo medio es legítimo ni moral para alcanzar determinados fines, así estos parezcan justos.

De igual manera, se podrían desarrollar diversos argumentos contra la violencia a partir de las consecuencias negativas que produce: desbordamientos de agresión generados por las armas actuales que bien podrían conducir a la destrucción de la especie humana y de nuestros ecosistemas; la aniquilación psicosocial y psicomoral de individuos y poblaciones; la degradación de principios morales desconociendo la dignidad humana y los derechos; el desquebrajamiento de la sociedad civil con la institucionalización de la violencia. Se requerirá en últimas, una revisión de las disciplinas, ciencias y organizaciones para reconfigurar sus saberes y trabajo desde las claves que aporta la filosofía de la no-violencia como factor dinamizador de cambios socioculturales, políticos, epistemológicos, económicos y educativos, entre otros.

López Martínez también considera que el gandhismo ha demostrado cómo una filosofía de la no violencia se puede convertir en una realidad transformadora. La práctica de principios como la verdad, la autosuficiencia, el bienestar de todos, la autodeterminación, la no violencia y la persistencia en la verdad, sería realizable. En este sentido, el autor señala en detalle que la fuerza de la verdad implica varias condiciones: abstención de la violencia, disposición al sacrificio, respeto por la verdad, empeño constructivo y gradualidad de los medios. Esto conllevará a su vez, a pensar en el reto de usar la no violencia en un conflicto, en tanto que implica comprender al adversario, apostar por el contacto y la comunicación, dejar en claro que nunca se usará la violencia y generar situaciones de confianza y concienciación recíproca. Todos estos elementos contribuyen, en últimas, a buscar una salida política al conflicto superando el círculo vicioso de la violencia. Básicamente los procedimientos a considerar desde una acción política no violenta serían la persuasión y protesta, la no cooperación social, económica y política, y finalmente la intervención no violenta. Desde esta perspectiva, un concepto que rescata el autor es el de la *defensa popular no violenta* como alternativa a la resolución de conflictos en vez de acudir a la confrontación armada o violenta. Todo este panorama da cuenta en últimas, de una visión optimista ante el futuro de la no-violencia, tanto por el creciente número de sus simpatizantes, como por los desarrollos que se están dando para prevenir la violencia y construir una sociedad no violenta.

Cabe igualmente resaltar que el autor al centrarse en el concepto de poder, considera que toda acción humana de relación social constituye una forma de ejercicio del poder. Es especialmente relevante la tesis que pretende defender: las distintas formas de empoderamiento pacifista (feminismo, pacifismo, no violencia, etc.) optan por un ejercicio que vigoriza las capacidades y potencialidades del ser humano. Desde aquí resulta claro por qué para el autor son fuentes de poder la autoridad, la calidad de las relaciones sociales, las razones, el consenso, los recursos humanos, el conocimiento, los factores psicológicos, los recursos materiales y las sanciones. En últimas, el poder intrínseco de los individuos y los grupos siempre será un poder alternativo para hacerle frente a la violencia desde el pacifismo. Este último tiene un enfoque negativo que consiste en la negación de la guerra, el desarme y el antimilitarismo. En su enfoque positivo, el pacifismo apunta a la construcción de paz, que consiste básicamente en desarrollar desde diversos frentes, proyectos, agendas y cuerpos civiles de paz, ante los retos que generan la guerra y la violencia. En otras palabras, el poder pacifista es consecuente con el ejercicio de la democracia en tanto que se entiende como capacidad para la acción o empoderamiento para alcanzar fines a través de procesos que se extienden desde el individuo hasta el cambio social, todo lo cual es congruente con la

distinción que hace Galtung (2003, 21) entre paz positiva y paz negativa[2].

En general, López Martínez nos brinda una fundamentación conceptual y teórica de la no violencia, articulada con datos históricos que dan cuenta que en el desarrollo sociopolítico de la humanidad, las vías pacifistas como respuesta a la violencia pueden ser procedentes y eficaces. Presentar una visión panorámica y detallada sobre claves fundamentales para comprender el sentido de una cultura de paz, y la forma como se puede gestionar esta, representa un valioso aporte para toda persona y comunidad, interesada en reconstruir un tejido moral social desde lo que el autor llama *empoderamiento pacifista*. Desde la perspectiva de las investigaciones para la paz, y concretamente para analizar la paz como una construcción sociopolítica de base, es necesario en efecto, dinamizar la noción misma de paz, revelándola no como un ideal pasivo y abstracto, sino más bien, como una fuerza positiva y constructiva que no es para nada ajena al ejercicio de lo político y las relaciones de poder que no necesariamente debe darse desde las elites, sino desde el empoderamiento de los ciudadanos. En tiempos donde la violencia, la manipulación del poder, el desarraigo de ámbitos morales compartidos, y el resquebrajamiento de las relaciones sociales vulneradas por diversos conflictos hostiles a la dignidad y al bienestar humano, son comunes y frecuentes, resulta necesario asumir esta mirada que apuesta positivamente por una cultura de paz tanto a nivel local como global.

En este sentido, Francisco Muñoz (2004) plantea que ante la necesidad de la paz hay una gran dificultad para identificarla en las diversas escalas de la organización humana. Es claro que si bien la paz ha estado siempre presente en la historia humana, no siempre se la ha nombrado, reconocido y visto su necesidad. La cuestión consistirá así, en buscar comprender diversas conceptualizaciones y caminos de paz en las diversas culturas y épocas, para intentar integrarlas y buscar de este modo, la construcción de una paz global. Para este autor, la paz es una práctica social profunda que puede ligarse a diversas ideologías. Ella puede entenderse en sentido negativo (ausencia de guerra o violencia), en sentido positivo (promoción de justicia), o de manera imperfecta (disminución de violencia en medio de conflictos). Desde esta perspectiva, se recalca que si bien los conflictos son inherentes a la condición humana, pueden ser regulados por lo general, de manera sencilla para buscar la paz, la cual es entendida como "aquellas realidades en las que se regulan pacíficamente los conflictos, en las que se satisfacen al máximo las necesidades y los objetivos de los actores implicados" (Muñoz 2004, 30). Con todo, la paz no solo es entendida como regulación pacífica de conflictos o la disminución de la violencia, sino en términos de buscar desarrollar una conciencia planetaria de solidaridad y bien común. Abordar esta materia, requiere en últimas, para el autor, un trabajo plurimetodológico, transdisciplinario y transcultural, por cuanto se necesita investigar sobre y para la paz, atendiendo una complejidad de factores relacionados con los conflictos, la violencia y las dinámicas de las culturas humanas mismas, desde diversas instancias.

Al considerar la historia de la paz, Muñoz afirma que la historia no existiría sin conflictos, si bien es claro que la intensidad de estos varía de acuerdo a los grupos mismos. Aquellos grupos con mejor disposición en sus relaciones con la naturaleza, por ejemplo, parecen ser más pacíficos en sus relaciones sociales. En el mundo occidental, donde parece prevalecer la concepción de la lucha por el poder y el domino, como la única forma de asegurar el bienestar, los conflictos tienden a ser más intensos. Ante esta mirada, el autor propone reconstruir una historia de la paz partiendo del hecho que a lo largo de la historia, individuos y sociedades también han logrado satisfacer sus necesidades desde criterios solidarios y la regulación pacífica de los conflictos. Desde este enfoque, la paz se presenta como una elaboración social, en especial de grupos vulnerables y de intereses de diversas colectividades y actividades como el comercio, que ven en una cultura de paz, las condiciones de posibilidad para el desarrollo de potencialidades y la obtención de bienestar. En este sentido, los derechos humanos ocupan un lugar muy importante como factores dinamizadores a la hora de buscar desarraigar profundas desigualdades e injusticias que requieren ser atendidas para construir procesos de paz a la par que promueven la configuración de una sociedad civil internacional.

[2] La paz positiva es entendida como despliegue de la vida, es un sí a acciones para mejorar el sistema. La paz negativa es la superación de la violencia directa, estructural y cultural. Es una paz que dice no a aspectos conflictivos del sistema, como a una defensa agresiva, un planteamiento cultural cerrado, etc., cambiándolos.

vol 19, nº. 63 | enero-diciembre 2010 | issn 0123-2614

En últimas, es claro identificar en la historia humana, esfuerzos de los pueblos por conseguir tratados, treguas, acuerdos, etc., y esto se ve reflejado en tiempos más recientes en iniciativas de propuestas y planes de paz por parte de pensadores y gobernantes, así como en el surgimiento de espacios y escenarios específicos para concretar dichas iniciativas, y en movimientos y acciones sociales a favor de la no violencia. Tal como señala finalmente Francisco Muñoz (2004, 64), "la historia de paz debería ser de cara al futuro, la búsqueda y el hallazgo de puntos de confluencia de la diversidad, la multiculturalidad y el mestizaje entre filosofías, religiones y culturas que dialoguen, se entiendan y se mezclen". Es notorio que el autor enriquece la noción de paz imperfecta evidenciando que de cara a la imposibilidad de lograr una paz absoluta a causa de los antagonismos internos y externos que son inherentes a la condición humana, se requiere pensar la paz en términos de una construcción constante y de transformación cotidiana de los conflictos, en medio de diversas formas de violencia que requieren buscar siempre ser mitigadas o evitadas en lo posible, buscando diversos medios para armonizar la persecución de los diversos intereses y la demanda de necesidades tanto individuales como colectivas.

En este punto de nuestra indagación, podemos dejar ya sentados interrogantes como ¿en qué medida los miembros de las sociedades actuales ven en las herramientas de la no violencia, un instrumento eficaz para buscar reivindicaciones ante diversas injusticias y desconocimientos por parte de la misma sociedad y el Estado? ¿Es posible un empoderamiento eficaz de la población civil para buscar superar por ejemplo, la violencia directa de grupos armados y construir paz en sus comunidades?

2. LA BASE SOCIOPOLÍTICA COMUNITARIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE PAZ

Para intentar responder los anteriores interrogantes, bien cabe adoptar un estudio de caso para evaluar en qué medida los estudios sobre la paz dan cuenta de elementos conceptuales y teóricos que nos permitan comprender de manera realista los retos y alcances de iniciativas de paz pensadas desde una base sociopolítica mediada por principios éticos, es decir, desde un compromiso con valores morales específicos y la apuesta por la no violencia como herramienta de presión política para alcanzar el propósito de la paz. Tomaremos como referencia el Bajo Atrato colombiano.

En el Bajo Atrato encontramos una rica zona del territorio colombiano que ha sido especialmente golpeada por la violencia desde hace muchos años. Los pobladores de las comunidades del Bajo Atrato han sufrido las secuelas de la violencia directa con el accionar tanto de guerrilleros y grupos paramilitares, como de las fuerzas militares. Esto es especialmente evidente con la intensificación de la lucha armada entre finales de 1996 y principios de 1997, por parte de paramilitares y el accionar de las Fuerzas Militares, al parecer en acción conjunta, para tener control de la zona. Muchas de las comunidades del Bajo Atrato se vieron obligadas a desplazarse en esta época.

También se observa en la región que los pobladores han sido víctimas de una *violencia estructural* al ser marginados y desatendidos con relación a la protección de sus derechos y al cubrimiento de necesidades básicas que garanticen su desarrollo humano integral como personas y colectividad. Por mucho tiempo los pobladores de esta región estuvieron aislados tanto por la falta de infraestructura vial como por la ausencia de políticas estatales tendientes a promover el desarrollo en la zona.

Lo crítico es que a raíz del desplazamiento generado por los fuertes enfrentamientos armados en la región, la situación se tornaba cada vez más insoportable, máxime que después de haberse retornado a la región, en el año 2002 vuelve otra ofensiva por parte de los paramilitares en combate con las Farc, trayendo la dolorosa masacre de Bojayá y un nuevo desplazamiento de la población. En realidad fueron muchos los desplazamientos de estos pobladores, y era claro que no se podía esperar un cese de hostilidades a corto o mediano plazo, es decir, una *paz negativa*. Además, pensar en buscar una paz negativa no era suficiente, ya que la paz así concebida, como ausencia temporal de la guerra y de los conflictos violentos, es vulnerable en tanto que en cualquier momento puede ser rota ya que el potencial destructor del conflicto armado se mantiene. Así, aunque no se conociera el trabajo de autores como Muñoz (2004), es claro que una de las apuestas que lleva a organizarse a las comunidades del Bajo Atrato, es la búsqueda de una *paz imperfecta*. En otras pala-

bras, la apuesta de los pobladores de esta región del país se centró en dinamizar procesos con proyectos de paz en medio de la violencia para buscar mitigar sus secuelas todo lo posible e incluso la misma violencia, no reaccionando con más violencia sino con *iniciativas de paz*. Esto a su vez generó un ambiente de confianza en el trabajo comunitario, el cual se vio fortalecido a raíz de la desmovilización de los grupos paramilitares, ya que la disminución de factores de hostilidad, permitía afianzar el desarrollo de proyectos culturales, educativos y productivos, entre otros.

Finalmente, todo esto contribuyó para alentar a la población en la búsqueda de reivindicaciones y justicia ante los diversos atropellos y violaciones cometidas por parte de los actores armados, con lo que se empieza a emprender luchas jurídico-políticas que permitieran llegar a una *paz positiva* para reparar a las víctimas, curar en lo posible los daños morales causados y restaurar condiciones de estabilidad que permitieran reconstruir el tejido social perdido. Un paso significativo en esta dirección se da en marzo del 2005, donde a partir del informe de Incoder (Instituto Colombiano de Desarrollo Rural) adscrito al Ministerio de Agricultura, se recomienda un plan integral de retorno y la reparación económica y moral a las víctimas. Si bien es cierto que bajo circunstancias de conflicto armado resulta complejo pensar en buscar una paz en este sentido, debido a la dificultad para reclamar justicia o buscar promoverla en condiciones donde el uso de las armas vulnera toda iniciativa y desplaza el poder de la palabra y la razón, la decisión de las comunidades del Bajo Atrato de organizarse valientemente a través de una *resistencia civil no violenta*, generó condiciones que sumadas a otros factores como la desmovilización de las autodefensas, contribuyó con la posibilidad de alcanzar a mediano y largo plazo, una *paz positiva*.

2.1. La apuesta por la paz

En estos momentos se están dando esfuerzos para reconstruir el tejido social entre los pobladores que han vuelto a sus lugares de origen, sin embargo, a las tensiones sobre el dominio de la región se le suma el conflicto relacionado con intereses económicos y políticos a raíz del proyecto de palma aceitera. Además, aunque el bloque paramilitar Elmer Cárdenas se ha desmovilizado, siguen dándose retenes que violan el ejercicio de la autonomía de la población, a la par que se le suma el latente peligro de hostigamientos por parte de la guerrilla.

Surge así una estrategia que puede catalogarse dentro de las *iniciativas de paz desde la base social*, las cuales se entienden en general, como "aquellas que encuentran su origen en comunidades que soportan en forma directa el impacto del conflicto armado o de la corrupción administrativa. También, en sus procesos organizativos y en su opción por la paz desde la no violencia, la resistencia civil y la democracia" (Hernández 2002). Dentro de este panorama lo que cabe resaltar es el *uso del instrumento de la no violencia* como estrategia para hacerle frente a las hostilidades y a las violaciones de diversos derechos humanos hacia la población. Básicamente, es importante mencionar las violaciones al derecho a la vida y a la paz debido a los conflictos armados por un lado, y a las violaciones al desarrollo, al trabajo, la vivienda digna, la cultura y la educación, por el otro, generadas tanto por la violencia como por la corrupción administrativa y los intereses económicos de sectores que vieron en las tierras abandonadas una gran oportunidad de explotación agroindustrial, específicamente con monocultivos como la palma aceitera.

2.2. Las estrategias de paz utilizadas

Uno de los primeros pasos de las comunidades afectadas por los factores arriba mencionados fue el de organizarse a través de *consejos comunitarios* para empezar a hacer frente a las necesidades locales. En vista de los objetivos comunes compartidos por los pobladores de la región, surge un ente más amplio como lo es Ascoba (Asociación de Consejos Comunitarios y Organizaciones del Bajo Atrato), la cual representa al menos 57 consejos comunitarios y 7 cooperativas. Esto involucra aproximadamente una población de 15.000 personas, que cuentan con 454.000 hectáreas tituladas colectivamente, según los datos publicados en el 2006. Por medio de esta iniciativa macrocomunitaria se ha fortalecido la resistencia civil, dejando por ejemplo en claro a los actores armados una posición de neutralidad y de *rechazo a la violencia*. Esta posición se ve expuesta en algunos de los puntos que constituyen el pronunciamiento mancomunado a la comunidad internacional y nacional, en el que se pueden identificar varios

numerales en contra de la violencia y a favor de la transformación del conflicto:

"1. Reiteramos que somos un proceso que surge de la voluntad y la autonomía comunitaria y no obedecemos a lineamientos políticos de ningún sector o actor sino al querer y la voluntad de las comunidades que nos organizamos. 3. Rechazamos la presencia de actores armados en nuestras comunidades y territorios por la violación constante de los Derechos Humanos, Derechos de los Pueblos, el irrespeto al Derecho Internacional Humanitario, los Reglamentos Internos de las comunidades y el desconocimiento de las autoridades tradicionales y la vida cultural de los pueblos. 11. Convocamos a las organizaciones sociales del país especialmente a las organizaciones del Chocó, a aunar esfuerzos en procura de la transformación del conflicto que vivimos y a construir una vida con dignidad y equidad para todos."[3].

En este sentido, se aprecia un primer paso que evidencia una *voluntad de paz por parte de la población*. De igual manera, el conflicto se va transformando en la medida en que la población ha dejado de verse como víctima, para pasar a convertirse por medio de la organización y el trabajo de consejos comunitarios, en entes autónomos, *superando presiones políticas partidistas y de los grupos armados*.

Otra de las estrategias que apuesta por la paz, es la relacionada con los *microproyectos* orientados al bienestar de los niños, jóvenes, adultos y adultos mayores a partir de diversas actividades. Las nuevas generaciones por ejemplo, apostaron por el uso de las expresiones artísticas y culturales, como elementos esenciales para hacerle frente a las condiciones hostiles que a diario retan a los habitantes de esta región del país. A esto se le suma actividades de recreación y deporte para ocupar el tiempo libre, con lo que gradualmente se supera sentimientos de incertidumbre y angustia ante los problemas que los aquejan: falta de oportunidades educativas, presiones de grupos armados, dificultades económicas. En estas actividades podemos observar que subyace una filosofía de la no violencia basada en la apuesta por usar métodos de lucha que parten de la *reconstrucción social a través de procesos de reeducación de los afectados* para lograr un cambio de horizontes tanto conceptual como práctico, a la hora de experimentar y comprender las limitaciones y dificultades por las que se atraviesa.

Desde la perspectiva de una educación para la paz, resulta claro que estas experiencias marcan un paso muy importante para dinamizar valores morales y políticos, símbolos de paz y de rechazo a la violencia, así como principios de solidaridad y comprensión de las diferencias. En efecto, la construcción de una cultura de paz que parta de procesos educativos entendidos en sentido amplio, es decir, no solo desde la escuela, implica un trabajo que "…encamine hacia la vida, la convivencia justa y el progreso de los elementos cognitivos, las creencias, los valores y normas, los signos y símbolos, las formas no normativas de conducta, los procesos de socialización de actitudes, los elementos estructurales, los elementos ecológicos y la resolución de los conflictos." (1984, 57).

Finalmente, cabe destacar el trabajo relacionado con la recuperación de tierras y su uso a partir de las tradiciones y costumbres de la comunidad, apostando así por el etnodesarrollo. Aunque los contextos y problemas son diferentes, las prácticas de estas comunidades en relación con la forma como están enfrentando las múltiples violencias que las aquejan, son cercanas al gandhismo (López Martínez, 2004), así no sean conscientes de ello. Si tomamos, por ejemplo, la práctica de algunos principios del gandhismo como la verdad, la autosuficiencia, el bienestar de todos, la autodeterminación, la no-violencia y la persistencia en la verdad, resulta claro que ellos están siendo de alguna forma incorporados en la forma de lucha que están asumiendo para lograr sus reivindicaciones. Al analizar el caso concreto de la recuperación de tierras, vemos no solo el firme propósito de perseverar en la defensa de sus convicciones y de la verdad, relacionada con el desalojo de sus territorios y con el derecho que tienen sobre las tierras que una vez fueron ocupadas por ellos antes de los desplazamientos forzados, sino que también es evidente una gran capacidad para organizarse buscando el bienestar de todos los afectados, de tal manera que la lucha no se centre en intereses particulares o separatistas que muy bien pueden conducir a más conflictos. De igual manera, se observa que con los consejos comunales y el trabajo por adelantar microproyectos liderados principalmente por lo miembros de la misma comunidad, lo que existe es

[3] Tomado de: http://ascobacolombia.org/index.php?id=31&tx_ttnews [tt_news]=3&tx_ttnews [backPid] =30&cHash =bfc89444ad [Consultado Nov. 2008]

una gran autodeterminación por no dejarse doblegar por las secuelas y presiones de los violentos, a lo cual se le suma la firme decisión de no responder con violencia sino con no violencia, con hechos de paz en pos del bienestar de los pobladores de la región.

2.3. La construcción de justicia y paz

Uno de los problemas que se ha enfrentado en la zona a la hora de alcanzar a corto o mediano plazo los objetivos trazados a nivel de desarrollo comunitario, es la fragilidad jurídico-política del país a la hora de garantizar la protección de derechos humanos desde la perspectiva socioeconómica, ambiental, educativa, libertades fundamentales y la vida misma. Así por ejemplo, desde la defensoría del pueblo se manifiesta con relación a una de las crisis que enfrenta el Bajo Atrato que:

"el deterioro de las áreas de reserva y de valor ambiental estratégico vulneran y ponen en riesgo la efectividad de los derechos a un ambiente sano, al desarrollo sostenible, al patrimonio ecológico, al patrimonio cultural y al equilibrio ecológico de las comunidades de la zona y de todos los colombianos." (Defensoría del Pueblo, 2007).

Esto, por supuesto, limita las acciones que las comunidades pretenden adelantar desde el denominado etnodesarrollo, ya que los cultivos industriales de palma de aceite, plátano y la explotación forestal dejan poco margen a otras iniciativas comunales en relación con la producción agrícola. Los proyectos viales, que se adelantan en la región, inciden, de igual manera, en aspectos socioculturales de las comunidades étnicas, en tanto que facilitan procesos de colonialismo, intervención industrial y reorganización territorial. En este sentido, la colaboración de las ONG ha resultado muy importante para asesorar a las comunidades y buscar mecanismos jurídicos que le den una salida a la lucha de intereses desde lo legal. Se logra entrever aquí, un trabajo respetuoso de la autonomía de las comunidades con las que se trabaja, lo cual es consecuente con reflexiones adelantadas por autores como Etxeberria (2008): "La intervención debe respetar la autonomía que hay incluso en poblaciones vulnerables… Esto significa colaboración con la autoorganización de la víctimas y las entidades locales, sociales y públicas,…". Pero más importante que esto, es el compromiso de las comunidades con mantener ciertos principios éticos de acción de tal manera que su lucha no sea usada por intereses partidistas o de grupos económicos que ven en la región grandes oportunidades para lograr sus objetivos particulares.

Ante los retos que plantea la recuperación por las tierras, está implícito un entramado sociopolítico entendido como la necesidad de estas comunidades por recuperar su identidad, por ser reconocidos y por desarrollar actividades agrícolas y culturales que tradicionalmente las han caracterizado y están relacionadas con esta necesidad de autoafirmación. Cuando lo que se busca defender es la cultura, un legado cultural, se está luchando por aquello que le da sentido y significado a la vida misma de estos pobladores del Bajo Atrato. Se encuentra aquí un paradigma fundante que se contrapone al paradigma de la guerra, me refiero al *paradigma del cuidado*, de lo femenino, como bien lo revela autores como Fisas (1998), del regreso a las actividades centradas en el cultivo de la tierra, la protección de la familia y el trabajo en comunidad.

Finalmente, todas estas consideraciones nos revelan un trabajo comunitario ordenado, coherente y comprometido con la construcción de paz, en medio de adversidades y dificultades, que lejos de intimidar a los pobladores del Bajo Atrato, se han convertido en oportunidades para buscar organizarse y demostrar que a través de iniciativas y proyectos de paz, se puede reconfigurar el golpeado tejido social, y responder de manera activa y eficaz a las irracionalidades de la violencia.

CONCLUSIÓN

La paz como construcción ético-política de base se despliega desde una perspectiva que media entre posiciones fatalistas que aseveran que los escenarios de la violencia son inherentes a la condición humana y por lo tanto, insuperables, y aquellas posiciones demasiado idealistas y románticas que asumen un pacifismo pasivo como la panacea para todos los males humanos. En efecto, se ha intentado mostrar en este trabajo cómo el pacifismo positivo, que surge del empoderamiento ciudadano ante el reto de una forma de violencia directa como lo es el conflicto armado, lejos de devenir en una pasividad negativa e impotencia ante el ultraje de los violentos, se

vol 19, nº. 63 | enero-diciembre 2010 | issn 0123-2614

despliega como un mecanismo realista de lucha, dinámico y eficaz, que parte de la articulación de los intereses y objetivos de los afectados, lo cual constituye un auténtico despliegue de poder, aquel que sólo puede surgir de la concertación del grupo desde la base microsocial y comunitaria. El desarrollo de una cultura de paz para hacer frente a una cultura de la violencia, cobra así un sentido pragmático y vitalista, frente a modelos de consecución de paz que se quedan en un mero funcionalismo diplomático, formal e inoperante, por desplegarse de manera ajena, externa, a las necesidades, convicciones, anhelos y posibilidades de articulación microsocial, de los directamente involucrados.

PARA CITAR EL PRESENTE ARTÍCULO:

Estilo Chicago autor-fecha:
Ocampo Giraldo, Rodrigo Jesús. 2010. La paz como construcción ético-política de base. *Nova et Vetera* 19(63): 49-60.

Estilo APA:
Ocampo Giraldo, R. J. (2010). La paz como construcción ético-política de base. *Nova et Vetera,* 19(63), 49-60.

Estilo MLA:
Ocampo Giraldo, Rodrigo Jesús. "La paz como construcción ético-política de base". Nova et Vetera 19.63 (2010): 49-60.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Defensoría del Pueblo. 2007. Resolución Defensorial No. 51. Derechos Humanos en las subregiones del Bajo Atrato y del Darién, Departamento del Chocó. Bogotá D. C., 14 de diciembre de 2007, 57 pp.

Delgado, Álvaro. Despojo en el Bajo Atrato. En: http://www.voltairenet.org/article126932.html [Consultado octubre 18/2008].

Etxeberria, Xabier. 2008. Ética de la cooperación internacional humanitaria. Borrador presentado para el curso Gestión para la paz. Cali, octubre, 2008.

Fisas Armengol, Vicenc. 1998. Una cultura de paz. En *Cultura de Paz y Gestión de Conflictos*. España: Icaria / Ediciones UNESCO. (349-406).

Fisas Armengol, Vicenc. 2002. Las agendas de la Paz. Construir la paz en tiempo de confusión. En *La paz es posible: una agenda para la paz del siglo XXI*. Plaza & Janés Editores. Barcelona. (21-56).

Fisas Armengol, Vicenc. 2001. Cap. 1. ¿De qué hablamos cuando hablamos de paz y conflictos? En *Cultura de Paz y Gestión de Conflictos*. Icaria / Ediciones UNESCO. (17-37).

Galtung, Johan. 1985. Acerca de la educación para la paz. En *Sobre la paz*. Editorial Fontamara. Barcelona.

Galtung, Johan. 2003. *Paz por medios pacíficos: Paz y conflicto, desarrollo y civilización*. España. Bakeaz/Gernika Gogoratuz. (31-92).

Hernández Delgado, Esperanza. 2002. La paz y la noviolencia adquieren significado propio en Colombia en las iniciativas de paz que construyen las bases desde lo local. Convergencia, 30. Disponible en http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/105/10503009.pdf [Consultado octubre 18/2008].

Kant, Immanuel. 1982. *La Paz Perpetua*. Espasa-Calpe, Madrid.

Lederach, John Paul. 1998. *Construyendo la paz: reconciliación sostenible en sociedades divididas*. España: Bakeaz. (51-180).

López Martínez, Mario. 2004. Principios y argumentos de la Noviolencia. Métodos y praxis de la Noviolencia. Poder, política y Noviolencia. En *Manual de Paz y Conflictos*. España: Universidad de Granada, pp. 303–383. [Disponible en Internet: http://www.ugr.es/~gijapaz/Manual/manual.htm] Consultado diciembre 18/2008.

López Martínez, Mario. Noviolencia y cambio(s) social(es). [Disponible en Internet: http://www.ugr.es/~conghecp/pdf/Mario%20Lopez%20-C.pdf] Consultado enero 19/2009.

Muñoz, Francisco. 2004. La Paz. Historia de la Paz. En *Manual de Paz y Conflictos*. Caps. 1 y 2. España. Universidad de Granada. (23-65).

Muller, Jean Marie. 1995. *Gandhi, La Sabiduría de la Noviolencia*. Bilbao, Desclée De Brauwer. (65-97).

Naranjo Botero, María Elvira. 2006. Palma aceitera y resistencia civil en el Bajo Atrato. En *Análisis de Coyuntura*.

NNUU. Declaración sobre una cultura de paz. Nueva York, 6 de octubre/1999. [Disponible en Internet: http://www.unesco.org/cpp/sp/proyectos/suncofp.pdf] Consultado: diciembre 22/2008.

UNESCO. 1992. El Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia. Comentado por David Adams. [Disponible en http://unesdoc.unesco.org/images/0009/000943/094314so.pdf] Consultado enero 28/2009.

Vela, Fernando. 1984. Educar para la paz. En García, E. (ed). *Por una paz sin armas*. San Esteban, Salamanca.